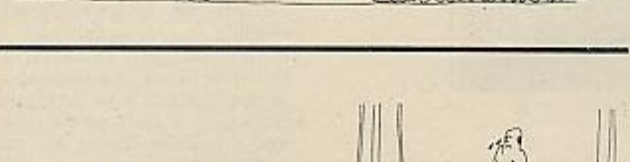


MASSIUS



art
buch
wald

EL TESTAMENTO DE LA MADRE NATURALEZA

MARTHA'S VINEYARD.—La otra noche, mientras leía un libro en casa, me avisaron por teléfono que la Madre Naturaleza se estaba muriendo. Me vestí apresuradamente y corrí al hospital. Mucha gente se había reunido allí y estaban llorando y retorciéndose las manos. Busqué a los médicos, que estaban en otro salón discutiendo cómo salvarla. Cada uno ofrecía un remedio distinto.

Uno de ellos dijo:

—Tenemos que darle aire fresco. No puede respirar. Debemos parar la planta eléctrica por el humo que produce.

Otro dijo:

—¿Está usted loco? Si quitamos la electricidad se morirá congelada.

—Tal vez podamos mantener alejados del hospital todos los automóviles —sugirió un tercer doctor—. Esto le permitiría respirar mejor.

—No puede ser —respondió otro—. ¿Cómo regresáramos a nuestros consultorios y cómo vendríamos al hospital si se impide que los vehículos lleguen junto a él?

—Señores —dijo otro médico—, no creo que sea el aire lo que la afecta, sino el agua. Tenemos que hallar alguna que sea potable. Deben tomarse fuertes medidas para impedir que el agua del hospital sea contaminada.

El director del establecimiento dijo:

—¿De dónde vamos a obtener el dinero necesario para el hospital si cerramos las fábricas porque contaminan las aguas?

—Tenemos que prescindir de los detergentes —apuntó otro doctor.

—¿Pero es que nadie va hacer nada? —grité yo.

Entonces se fijaron en mí por primera vez y uno de los médicos dijo, irritado:

—Lo sentimos, pero esta es una reunión médica a la cual sólo admitimos profesionales. Haga el favor de retirarse.

Sali del salón y vi otro, cerrado, con el nombre de "Madre Naturaleza" en la puerta. Otras letras, más pequeñas, decían: "No se admiten visitantes".

Como no había nadie en el corredor, abrí la puerta. Ahí estaba la Madre Naturaleza, recostada en almohadas, luciendo muy agotada. Yo no podía creer que se pudiera cambiar tanto en diez años. Pero ella pareció alegrarse de ver a alguien y sonrió débilmente. La saludé diciéndole que lucía bien.

—Usted no va a burlarse de una anciana enferma, ¿verdad? —dijo ella.

—No. Usted luce muy bien. Acabo de hablar con los doctores y dicen que en poco tiempo estará bien.

—Esos individuos no saben lo que dicen —declaró ella—. Todo lo que hacen es tomarme la temperatura y darme algún calmante. Creo que esta vez estoy mal.

—No hable así, por favor. Pronto va a restablecerse. Usted ha sobrevivido a cosas peores.

—Nunca me he sentido tan mal. Veo acercarse la muerte —dijo ella.

—Pero si usted se va, todos nos iremos —dijo, con lágrimas en los ojos—. Por favor...

—Yo me quejo de dolores —dijo entonces ella—, pero nadie me pone atención. Y dicen que yo no voy a morir nunca. No me hacen caso.

—Ahora sí —dijo—. Tenemos los mejores médicos. Ahí están estudiando un plan...

—Creo que lo que verdaderamente me duele es que mi testamento no valdrá nada. Yo le dejaba a la Humanidad agua pura, aire fresco, verdes campos, cielos azules, luz brillante... No era mucho, pero era todo lo que yo tenía...

En ese momento se abrió la puerta y entraron un médico y una enfermera, que se inclinó sobre la cama termómetro en mano. Y dijo:

—Vamos, Madre, es hora de tomarle la temperatura.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc. Agencia Zardoya.)